

Una caja rectangular de madera a la orilla de un lago. Un objeto sin uso específico, quizás un refugio, pero sólo quizá. Un objeto que se abre y se cierra, como si siguiera las órdenes que le dicta el paisaje. Una caja que no tiene exterior ni interior, sólo extremidades flexibles, lenguas, espejos. Una caja que no es arquitectura ni mobiliario ni escultura. O quizá lo es todo a la vez. Una caja móvil. Una caja. Un móvil.



La casa vagabunda



El austriaco Hans Peter Wörndl construyó GucklHupf (una palabra que podría traducirse al inglés como *peep-hole*) en la localidad de Mondsee. Los vecinos, acostumbrados a su paisaje bucólico, encontraron aberrante el objeto y convencieron al alcalde de quitarlo, argumentando que afectaba la imagen tradicional de su pueblo. El artefacto fue desmantelado. Los vecinos volvieron a dormir tranquilos en sus casitas de cuento de hadas; se habían salvado de la fealdad. Quizás el destino del GucklHupf estaba en su origen: la movilidad no se puede quedar quieta. De hecho, el diseño original tenía ruedas, podía caminar en el paisaje. Wörndl le regaló el GucklHupf a un chofer de camiones. Ahora se encuentra desarmado en alguna bodega. (Juan Carlos Cano)